

SOBRE EL CATECISMO PICTOGRÁFICO ATRIBUIDO A BERNARDINO DE SAHAGÚN.

Luis Resines Llorente.

Antes de poder hablar de este catecismo pictográfico, me veo obligado a hablar de mi primera aproximación, en general, a los catecismos pictográficos. Mi especialización en la historia de la catequesis me permitió entrar en contacto con la edición que del catecismo pictográfico de Pedro de Gante llevó a cabo el Ministerio de Educación¹.

Con este librito en las manos, y con las escasas e incipientes claves de lectura, me lancé por mi cuenta y riesgo a tratar de ensayar una lectura. Pronto me di cuenta de que las claves de lecturas propuestas, no eran completas, es decir, no incluían más que unos cuantos pictogramas representativos, pero ciertamente no estaban todos; y, por otro lado, no los situaban en el contexto "literario", o, por mejor decir, pictográfico, en el cual deberían ser entendidos. Por esto, pronto me aparté de dichas claves, para ir haciendo una lectura, que yo planteé como si de una traducción se tratara; por un lado el sentido literal, y en otra línea aparte el significado de lo que aquello quería decir. Ahí quedó mi esfuerzo, en una serie de cuartillas, en las que la práctica me fue sugiriendo que era obligada la consulta del propio texto para cotejar las similitudes cuando se producían repeticiones.

La segunda oportunidad tuvo lugar cuando tuve oportunidad de conocer en Madrid a Justino Cortés, que había venido de México con la intención de hacer su tesis doctoral sobre el catecismo pictográfico de Pedro de Gante. Hablé con él, descubrí su método de trabajo paciente, metódico, casi minucioso, porque me dio la sensación de que no daba un paso al frente si no tenía perfectamente asegurados los resultados. Cuando yo le conocí ya tenía su tesis a medio hacer; le pasé mis apuntes, y me confirmó en las sospechas de lo que había venido haciendo, en el sentido de haber tenido la "osadía" de despegarme de las claves de lectura propuesta, para ensayar otras, que pudieran encajar con el sentido de las oraciones propuestas, al menos a título de hipótesis. El me manifestó su deseo de que estuviera a la hora de la defensa de su tesis, pero me resultó imposible.

La tercera aproximación tuvo lugar en 1987, cuando ya de regreso en México, aparece publicada la tesis de Justino Cortés². La leí de cabo a rabo y descubrí, con gran sorpresa mía, un fallo fundamental, que en un primer momento me pasó desapercibido, pero que poco a poco fue cobrando cuerpo hasta llegar a la evidencia. Desde entonces la leí con el lápiz en la mano, tomando nota constantemente. A pesar de su erudición pictográfica (conocimiento de códices, manuscritos y pinturas), y a pesar de su conocimiento del náhuatl, descubrí que en la versión propuesta del desciframiento del texto de Pedro de Gante se guiaba más de los textos de catecismo impresos en náhuatl (que contienen entre ellos diversos matices en la traducción, así como matices en la expresión utilizada, de la misma manera que ocurre en los catecismos castellanos) que de los propios pictogramas. Hasta el punto de que a un mismo pictograma le llega a asignar hasta doce significados diversos. Deduje que esto no podía ser válido, y que la lógica lleva a afirmar que al mismo signo ideográfico le ha de corresponder el mismo, o aproximadamente el mismo significado.

¹ NAVARRO, F. (ed.): *Catecismo de la Doctrina Cristiana en jeroglíficos*. Madrid, Ministerio de Educación, 1970.

² CORTES ALONSO, Justino: *El Catecismo pictográfico de Fr. Pedro de Gante*. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1987.

Sin embargo, descubrí que su minucioso método de trabajo, a base de asignar un número fijo a cada pictograma, permitía una rapidez de localización, así como una más fácil identificación.

Cuando un año después, aproximadamente, me puse a trabajar sobre el tema de la catequesis que había tenido lugar en tierras americanas³, fui reuniendo información y fueron llegando a mis manos noticias, así como algún fragmento publicado de catecismos pictográficos. Entre esas noticias estaba la bibliografía que Justino Cortés cita, y las informaciones de la existencia de otros ejemplares aún inéditos de catecismos pictográficos. Esto excitó mi curiosidad. Y a la vista de otros conatos de desciframientos, que me parecían menos sistemáticos, menos rigurosos y mucho más improvisados que los de Cortés⁴, me decidí a emprender la tarea de ensayar el desciframiento de uno de estos catecismos.

Localizado uno de ellos (BNP, Ms. mexicaines 78), tuve la oportunidad de comprobar, con dolor, que la obra había estado en España y que había pertenecido y sido examinada por algún curioso español, que no había acertado con un desciframiento en regla, pero que lo había intentado a su manera. La lástima es reconfirmar una vez más la evidencia de que semejante tipo de documentos jamás debería haber abandonado el suelo patrio (figura 1).

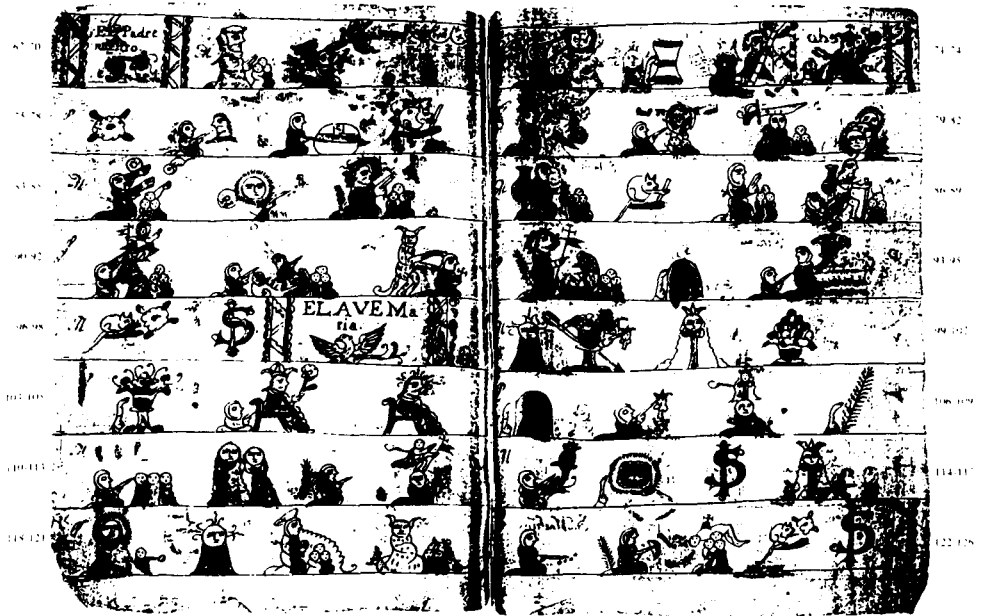


Figura 1: El Padre Nuestro y la Salve Regina del Catecismo de fray Bernardino de Sahagún⁵.

³ RESINES, Luis: *Catecismos americanos del siglo XVI*, 2 vol. Salamanca, Junta de Castilla y León, 1992.

⁴ GUILLERMO DURAN, J.: *Monumenta Catechetica Hispanoamericana*, I, Buenos Aires, Universidad Católica Argentina, 1984.

⁵ RESINES LLORENTE, Luis: *op. cit.* vol. I.

Me puse a la tarea, siguiendo las dos pautas de trabajo básicas ya indicadas. Asignar un número fijo a cada pictograma, y mantener el principio de que a un mismo pictograma le corresponde idéntico significado. Ninguno de estos criterios es siempre fácil de aplicar. El primero, porque en ocasiones, especialmente al principio, cabe la duda de hasta dónde llega un pictograma completo, y si lo que va a su lado forma parte integrante de él, o es parte del anterior o del siguiente, o se trata de un mero adorno. El segundo, porque en ocasiones el contexto parece estar sugiriendo o forzando otro significado, de manera que lo que encajaba en una oración o formulario no termina de encajar en el caso siguiente. Eso hace que el trabajo sea lento, pero, a la vez, apasionante (figura 2).

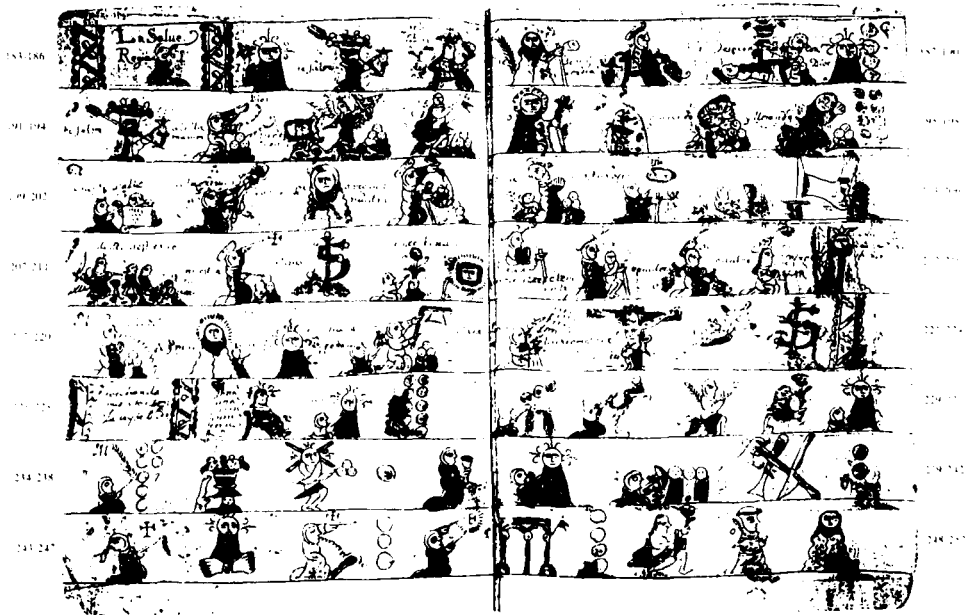


Figura 2: La Salve Regina y los Mandamientos del Catecismo de fray Bernardino de Sahagún⁶.

Voy a poner un ejemplo: el pictograma nº 62 representa a un religioso, evidentemente franciscano, junto con tres figurillas, que en esta ocasión dejó al margen. La imagen evoca la idea usual de denominar al religioso como "padre", y la comprobación de su uso en diversos lugares del catecismo así lo confirma. Pero esto no es suficiente. Porque, aun estando representada pictográficamente igual en diversas ocasiones, y siendo equivalente en términos fonéticos a la palabra "padre" en todos los casos, no tiene idéntico significado en todos los casos, sino que se superponen tres significados diversos: 1) Dios "Padre", tanto en lo que mira a la primera persona de la Trinidad, como en lo que hace a su condición de Padre como creador de todo lo viviente. Así, "Padre nuestro...". 2) Sacerdote o religioso, llamado por extensión "Padre" de forma usual. Así, "Yo confieso... a todos los santos y a vos, 'padre',". 3) El sentido más natural, el de designar al progenitor de sexo masculino. Así, "Honrar

⁶ RESINES LLORENTE, Luis: *op. cit.* vol. 1.

'padre' y madre". Sin embargo, la palabra, polisémica pero usada sin problemas en el lenguaje oral, así como en el lenguaje escrito alfabético, es igualmente empleada en el lenguaje pictográfico, sin que tampoco genere problemas, sabiendo situar en el contexto literario correspondiente el sentido que hay que darle oportunamente a la misma representación.

A este respecto tengo que confesar abiertamente que al llevar a cabo esta labor, me he movido con una serie de ventajas que no puedo dejar de reconocer.

* Ventaja de saber, por adelantado, la "solución", ya que al tratarse de un catecismo, y más en concreto, del formulario de una oración, es fácil intuir cuál ha de ser el significado que corresponde a una representación determinada, aun antes de llegar a ella.

Sin embargo, esto no siempre responde la realidad, porque el desciframiento del f. 1v-2r de este catecismo pictográfico, con el título en perfecto y legible castellano de "La protestación de la fe", me llevó muchas horas hasta conseguir sospechar a qué formulario correspondía. Otro tanto puedo decir del formulario titulado "la comunión" (Commonio), (f. 9v-105).

* La segunda ventaja es la de encontrar numerosos pictogramas repetidos, unas veces en el mismo catecismo, y otras en catecismos o fragmentos de catecismos. Ello permite cotejar, arriesgar una hipótesis que, si no hay cambio en el contexto, puede ser fácilmente verificada.

Esto tiene su contrapartida, en el caso de aquellos pictogramas que solamente aparecen una vez, donde la hipótesis no puede ser de nuevo verificada, y donde el sentido lo da únicamente el propio pictograma y el contexto inmediato.

Una variante de esto es el caso en que un mismo pictograma aparece en más de una ocasión, pero el significado propuesto no encaja, y pese a los diversos ensayos se adivina que los contextos están sugiriendo más de un sentido.

* La tercera ventaja estriba en combinar los sentidos, puesto que los sentidos, ya que los pictogramas no siempre son simples, sino que también los hay complejos o dobles, formados por la combinación de más de un pictograma simple. De ahí que la comprobación de un pictograma simple no sólo quedaba corroborada cuando éste aparecía en un pictograma compuesto, sino que ayudaba a sospechar al menos uno de los componentes del mismo y a deducir con mayor verosimilitud su significado.

* Otra ventaja, la cuarta, consiste en conocer, al menos en parte otros catecismos pictográficos. La experiencia demuestra que los hombres de todas las épocas han utilizado aquellos que se ha podido comprobar que tenían éxito. Y así, cuando en un catecismo pictográfico aparecen unos signos concretos, se puede sospechar, con bastante probabilidad que en otro catecismo pictográfico van a aparecer signos parecidos. De ahí el conato de una tabla de concordancias, que he publicado, en que se pueden apreciar similitudes y singularidades en unos y otros textos pictográficos. El prolongar esta tabla de concordancias será labor de un estudio sistemático, y proporcionará unas claves de lecturas bastante más sólidas y seguras.

* Pero también hay inconvenientes. El principal es el no encontrar el modo satisfactorio de resolver las dudas o las sospechas, unas veces por la brevedad del mismo texto, y otras veces, por su carácter monotemático, especializado; cuando es posible que otro contexto puede ayudar a situar las cosas y descubrir desde otro ángulo distinto lo que ha quedado oculto, disimulado o confuso desde una sola perspectiva.

* Conecta con ello el inconveniente de desconocer los códices mexicanos. Yo tengo la sospecha, por no decir la certeza, de que determinados pictogramas ya estaban dotados de un significado concreto y perfectamente determinado antes de ser aprovechados o reemplazados por los misioneros en los catecismos. Posiblemente aquí se encuentren otras claves de desciframiento que permitan avanzar aún más, o matizar algunas afirmaciones demasiado globales.

* Junto a ello, el inconveniente de no tener a quién consultar, de quién poder recibir la confirmación de una sospecha, con quien poder compartir un resultado contrastado. Al menos a la hora del trabajo. Porque después, una vez publicado, siempre, en el rincón más recóndito, aparece la valoración y la ratificación de que los resultados ofrecidos iban por la buena dirección.

* Y con ello la satisfacción de haber podido ofrecer un desciframiento casi completo de un catecismo, en el que se combinan la belleza pictórica con la ingenuidad expresiva, la cultura europea con el tradicional hacer mexicano, las formas religiosas con las expresiones profanas, para de esta forma llegar a expresar lo fundamental de la fe cristiana a pueblos que, totalmente ajenos a ella, llegaron por éste, entre otros medios, a hacerla suya.